



# SEPTUAGÉSIMA

Si no acostumbras a oír misa con tu misalito, si no estás aún iniciada en las intimidades de la liturgia, tal vez te parezca bárbara esa palabra de Septuagésima, y si no bárbara, por lo menos, vacía de sentido. Cuando dices Navidad, surge en tu espíritu una idea más o menos clara; y algo entiendes también cuando te hablan del Adviento. Pero, ¿qué quiere decir ese otro término de Septuagésima? Necesitas saberlo para rezar y vivir en unión de nuestra Santa madre la Iglesia, y voy a explicártelo.

Al empezar el Adviento se abrió para nosotros el año litúrgico, y con el año litúrgico una serie de fiestas, un ciclo alegre y luminoso, que podemos resumir con aquellas palabras del prólogo del Evangelio de San Juan: «La luz brilla en las tinieblas.» Al principio nos hallábamos envueltos en la oscuridad del error, de la ignorancia, de la incertidumbre. Suspiramos por la verdad, la llamamos angustiosamente, la pedimos humildemente, y después de recibir la promesa de su venida, se nos presentó ella misma con toda su gracia inefable. Fué el ampo de la Concepción Inmaculada, la Nochebuena, las luminarias celestes sobre la gruta de Belén, los reverberos de las alas angélicas, la estrella de la Epifanía, y el brillo silencioso de las candelas místicas, que iluminan el camino de la Virgen Madre en el día de su purificación. Es el ciclo de la luz, todo ese conjunto de fiestas gozosas y luminosas, que se agrupan en torno a la de Navidad, cuando Cristo nace, cuando el sol reanuda sus ascensiones a través de los signos del zodiaco.

Viene luego la huída a Egipto y el silencio de la vida humilde en la casita oscura de Nazaret. La luz, que antes nos acariciaba y parecía satisfacer nuestras ansias supremas, se oculta para hacernos pensar en otra cosa más íntima y que nos duele más hondo, en la vida. ¿Qué nos importa la luz, si se contenta con iluminarnos? ¿No es acaso más grande nuestra necesidad? Sería cruel abrir a nuestros ojos un horizonte infinito, si nosotros íbamos a seguir hundidos en nuestra miseria; y de nada nos serviría averiguar el camino del reino, si el reino permanecía obstinadamente cerrado para nosotros. Luz, luz, pedíamos antes, y la luz se hizo. Pero ahora nuestro grito es más violento y desgarrador: Vida, vida.

A la misma luz, Cristo, se nos presenta transformado en vida, vida divina, que llega a nosotros por medio del Bautismo y de la Eucaristía; vida sobreabundante, que Cristo nos merece con el precio infinito de su sangre. Y henos aquí en otra parte del año litúrgico, en un segundo ciclo, cuyo motivo fundamental es la vida, la vida por la muerte, la realización emocionante de este anhelo irrefrenable de vida, que llevamos dentro del alma nosotros, seres de un día, apesadumbrados al ver cómo se gastan nuestras fuerzas, cómo se marchitan nuestras ilusiones, y cómo se desvanecen nuestras alegrías, a semejanza de los pétalos que van desprendiéndose de la rosa. Es el ciclo pascual, que nos viste de inmortalidad, que nos garantiza la juventud perenne, que pone en nuestras manos, trémulas de emoción, el tesoro de la rosa inmarcesible.

Navidad es la luz, Pascua es la vida; puntos céntricos de dos ciclos diferentes, pero no contrarios. La alegría de Navidad anuncia el júbilo triunfal de la Pascua, como la luz anuncia el estallido jubiloso de la vida; y la Encarnación es la condición necesaria de la Redención. Pero la Redención supone en nosotros la conciencia de nuestra miseria, el conocimiento de nuestra esclavitud, y el dolor de nuestros pecados; y esta es la nube sombría que súbitamente se extiende

sobre nuestras cabezas, eclipsando la estrella de los Reyes Magos y apagando las luces de la Candelaria. La irrupción de la vida sólo aprovechará a aquellos que tengan preparadas sus almas para recibirla, y esta preparación exige una purificación larga y silenciosa, que se parece mucho a la transformación que se realiza en el grano bajo la tierra, antes de que la planta asome su cabecita a la gloria del sol. Tiempo de maceración, de tristeza y de silencio. El Adviento fué una época de expectación alegre, en la que la alegría y la esperanza aumentaban conforme nos íbamos acercando a la revelación de la Nochebuena; ahora el paisaje se hace cada vez más sombrío, la congoja más profunda y más fuerte la tensión del espíritu hasta que llega la explosión súbita de la vida, que salta del seno mismo de la muerte. Son tres etapas de tristeza cada vez más intensa, que terminan con desenlace inesperado.

La primera de esas etapas, es la Septuagésima; tres semanas de transición entre las luminarias de Epifanía y las austeridades cuaresmales. Hay un cambio brusco de sentimientos y de ideas en los textos de la misa. Hasta el color cambia—el blanco cede el puesto al morado—y las mismas melodías pierden su aire de júbilo ingenuo y vibrante. Hijos de un siglo, en que la fe es tan poco curiosa como operante, apenas nos fijamos en estos pormenores, que impresionaban vivamente a los cristianos de estas edades. Apenas nos damos cuenta de otro detalle, que es un acontecimiento en el año litúrgico: ya no se canta el *Alleluia*. El Rey Divino, que hace su entrada en el momento del Evangelio, no es ya saludado con ese canto de victoria, que el vidente de Patmos oyó resonar «en las plazas de la Jerusalén celeste con el murmullo de las grandes aguas y con el fragor de truenos imponentes».

Pero no es tiempo de pensar en cantos de regocijo, ni nuestros labios manchados se atreverían a pronunciar el pean de la bienaventuranza, cuando el espectro del dolor se levanta ante nosotros. ¿Cómo cantaremos el canto del Señor en una tierra enemiga?, decimos como los cautivos de Babilonia. Y la Iglesia nos recuerda los orígenes sombríos de nuestra raza. Primero la amenaza del Señor a Adán: «El día en que toques el fruto del árbol que está en medio del paraíso, morirás». Es la aparición del pecado. Después las palabras animadoras del Diluvio: «El fin de toda carne ha llegado delante de mí». Es una de las consecuencias del pecado. Y finalmente la orden dirigida a Abraham: «Toma a tu hijo y ofrécele en holocausto sobre la cima del monte». Es el sacrificio que puede detener la venganza divina. Y así los tres grandes patriarcas de los primeros tiempos de la humanidad como testigo de las catástrofes pasadas y como precursores de los bienes futuros. Adán, autor del pecado, es también la figura del segundo jefe de los hombres, de Cristo; Noé, salvado del Diluvio, simboliza la familia humana redimida por las aguas del bautismo en el arca de la Iglesia, y en Abraham presentimos el sacrificio del Calvario. Y cuando nuestro espíritu parece dudar impresionado por la aparición de estas grandes figuras de la humanidad primitiva, oímos la voz del mismo Cristo, que nos habla del sembrador misterioso de su campo y nos invita a acudir a su viña, indicando que el trabajo interior es el rasgo característico de estas semanas de Septuagésima, vestíbulo austero por el que se entra en la oscura avenida de la Cuaresma.

P. Justo PEREZ DE URBEL.